

Lecciones de una singular elección presidencial

Las encuestas habían adelantado de manera consistente el triunfo de Nayib Bukele en la elección presidencial del 3 de febrero. ARENA y el FMLN pusieron en duda su credibilidad y se abandonaron a sus ilusiones. La sorpresa no fue tanto la victoria de Bukele como su contundencia. GANA, el partido utilizado por este en la contienda, obtuvo más de la mitad de los votos válidos (53.1 %, 1,434,856 votos). ARENA tuvo que aceptar un lejano segundo lugar (31.7 %, 857,084 votos) y el FMLN, un todavía más lejano tercer lugar (14.4 %, 389,289 votos). Bukele arrasó en los 14 departamentos y en 192 de los 262 municipios. En ocho departamentos, ganó por más de la mitad de los votos. En tres cabeceras departamentales, obtuvo más del 60 % de los votos y en nueve, más de la mitad. En el exterior, obtuvo el 85 % de los votos.

ARENA, a pesar de competir coaligado con los restos de los partidos del pasado, solo alcanzó un poco más de la mitad de los votos de Bukele. Los partidos de la coalición le proporcionaron pocos votos. Un cuarto partido recién formado, VAMOS, obtuvo tantos votos como su aliado más importante (el PCN). El FMLN obtuvo el peor resultado de su historia electoral. La pérdida del poder ejecutivo debilita aún más su ya pobre representación legislativa. El millón y medio de votos de hace cinco años se redujo a menos de 400,000.

Las elecciones legislativas y municipales de 2018 ya habían arrojado un descenso notable en la votación de los dos partidos tradicionales. ARENA despreció la pérdida de unos 60,000 votos, porque aumentó la cantidad de diputados y alcaldías; mientras que el FMLN, aunque tomó nota de la sangría de más de 400,000 votos, fue incapaz de despertar el interés de la opinión pública. Otra fuerza política de consideración es la que no acudió a las urnas, un poco menos de la mitad del padrón electoral, a la cual se deben agregar más de 28,000 votos nulos y abstenciones.

De acuerdo con estos resultados, ni ARENA ni el FMLN son alternativa; menos el FMLN que ARENA. Si estos partidos no consiguen convencer al electorado de que todavía tienen algo que decir y, sobre todo, algo importante que hacer, habrá otra debacle dentro de dos años, en las próximas elecciones de diputados y alcaldes. Claro, eso dependerá también de cómo gobierne Bukele.

1. La realidad se impone

La gran prensa negó la existencia de Nayib Bukele y su movimiento durante una campaña electoral extremadamente larga. Llegaron a las portadas y los

grandes titulares de la prensa hegemónica porque ganaron la elección presidencial de manera arrolladora. Aun cuando todas las encuestas habían anunciado persistentemente su triunfo aplastante, las grandes empresas mediáticas les negaron de manera sistemática el espacio y cuando se lo dieron fue para criticarlos. El candidato de GANA fue el gran ausente en la prensa tradicional. La misma que se vanagloria de su objetividad y su apego a la verdad. No es la primera vez que, en tiempos recientes, se comporta retorcidamente. La misma actitud adoptó ante Mons. Romero. En vida lo denigró por comunista, vendido al demonio y alborotador. En martirio y santidad lo elogia como “el santo salvadoreño”. No porque haya reconocido su error, ni siquiera ha tenido la valentía de disculparse, sino por su acendrado nacionalismo. En la elección presidencial, le traicionó su apuesta fuerte e irracional por el candidato de ARENA. Su parcialidad fue tal que no puede descartarse que haya contribuido positivamente a alimentar las falsas ilusiones de ARENA y del FMLN.

La realidad se encargó de ponerles brutalmente los pies sobre la tierra. Las maniobras jurídicas de ambos para impedir la participación de Bukele en la elección presidencial estaban justificadas. De antemano sabían que se enfrentaban a un adversario temible. En lugar de revisar su práctica política para identificar dónde estaba la diferencia, confiaron insensatamente en unas candidaturas ajenas a sus luchas de poder y a su pasado, pero sin modificar un ápice su conducta. Pensaron, erradamente, que las caras nuevas serían suficiente prueba de su renovación.

ARENA confió en lo que llamó “la fuerza del territorio”. Sus candidatos visitaron viviendas, sitios de trabajo y de esparcimiento; presidieron desfiles, despliegues y mítines. Hasta el día mismo de la elección estuvo convencido de haber recuperado el voto, pero percibió mal el sentir de la mayoría de la población. El FMLN se abandonó a que era el único partido de izquierda en la contienda y, en teoría, la única opción viable. Ante la insistencia de las encuestas, confió, aparentemente, en lo que dio en llamar “la remontada”. Quizás con la idea de reducir la diferencia con el segundo lugar. No acertó ni en lo uno ni en lo otro. A los dos partidos les falló lo fundamental, la cercanía con la gente y su sentir. Tal vez en las innumerables comparecencias les dijeron lo que querían oír, una táctica tan antigua como la Colonia española. Tal vez las concentraciones fueron creaciones publicitarias para entusiasmar a los que, al final, no votaron o votaron por Bukele y GANA.

La legislatura de 2018, donde ARENA y el FMLN concentran la mayoría de los escaños, contribuyó a profundizar el desencanto. Estos disputados, electos en un ambiente de renovación, acabaron por convencer a buena parte del electorado de la obsolescencia de sus respectivos partidos, al enfrentarse con las Iglesias cristianas por la privatización del agua; al elegir violadores de los derechos humanos para integrar la comisión encargada de elaborar la ley de justicia transicional; al designar, mediante un proceso lento y confuso, una Sala de lo Constitucional notablemente menos calificada que la anterior y al entregar la Fiscalía General a un abogado vinculado a ARENA y con poca experiencia en justicia penal, a cambio de la aprobación del presupuesto de este año. Estas decisiones enfrentaron a la legislatura con instituciones social-

mente reconocidas, lo cual redundó en desprestigio para los diputados y sus partidos. Si las legislaturas anteriores han gozado de poco prestigio por su mal desempeño, la actual es aún peor.

En lugar de preguntarse por la razón de la gran popularidad de Bukele, ARENA y el FMLN recurrieron a las tácticas tradicionales, sin caer en la cuenta de su inoperancia. ARENA evitó la autocrítica, a pesar de algunas voces que, desde su interior, pedían cambiar el rumbo, porque tenía la certeza de ganar la elección presidencial, así como hacía un año se había quedado con la mayoría simple de la legislatura y de las municipalidades. Sus voceros no se cansaron de repetir que había que “seguir escuchando a la gente”, pero esta no se sintió escuchada por ARENA, en las tres décadas que han transcurrido desde 1989. El partido tiene puesto el oído en otra parte, en la minoría que acapara el ingreso nacional. Por eso y con razón, la gente lo identifica como el partido de los ricos. La candidatura presidencial misma fue fruto de maniobras, de conspiraciones y, con toda seguridad, de dinero.

La candidatura presidencial del FMLN, presidente y vicepresidenta, era más solvente que la de ARENA, pero los diez años en el poder ejecutivo no han representado mayor diferencia para la mayoría de la gente. Las expectativas, cuando ganó la primera elección presidencial, eran muy grandes. Diez años después, el desencanto es igualmente enorme. Su medida está expresada en la aparatosa reducción de los votos. El electorado no votó por Bukele engañado o confundido, pensando que era de izquierda. Votó por él porque el FMLN ha dejado de ser la alternativa de ARENA. Echarle en cara la negación del voto y reprocharle por malagradecido es otra intemperancia de la dirigencia del FMLN. Irónicamente, esa es también la actitud de la dictadura de Ortega y Murillo ante la protesta popular en Nicaragua.

Tanto las candidaturas presidenciales de ARENA como las del FMLN hicieron grandes esfuerzos para tomar distancia de sus respectivos partidos. Las dos fórmulas, presidente y vicepresidenta, percibieron correctamente que estos eran un lastre para sus candidaturas. Tenían la ventaja de que ninguno de ellos provenía directamente de la dirigencia. Pero sus afanes se quedaron cortos. Al final, pesó el partido y su pasado. En realidad, la diferencia entre candidatura y partido no era más que un ardid. El candidato de ARENA a la presidencia provenía de uno de los grandes capitales y la candidata a la vicepresidencia era empleada de otro gran capital. Los candidatos del FMLN procedían de la estructura del partido.

El desenlace de las elecciones pone de manifiesto cuán lejos están los partidos políticos de la realidad salvadoreña. Las persistentes invectivas contra Bukele y su partido no solo fueron ineficaces, sino que se revirtieron negativamente sobre ARENA y el FMLN, los dos responsables directos de la corrupción, la impotencia gubernamental y la impunidad. Muy probablemente, esta es la cuestión fundamental. El desafío principal no era la campaña electoral, en sí misma, sino la escandalosa corrupción, la notable ineficiencia de la gestión pública, la ausencia de justicia y la angustiante inseguridad. Durante más de tres décadas, ARENA y el FMLN han permanecido enfrascados en

luchas de poder, que se remontan a la década de 1970; mientras la corrupción medraba, la gestión pública se deterioraba, las víctimas no obtenían ni verdad ni justicia y la violencia asesinaba impunemente y expulsaba a la población de sus comunidades.

El balance final de la elección no se corresponde con la enorme inversión de tiempo, energías y dinero, en una campaña electoral innecesariamente larga. Con mucho menos se hubiera conseguido un resultado similar, porque la cuestión no es la campaña, sino la realidad. Por primera vez, el enorme desprestigio de los partidos, los diputados y los políticos en general, reflejado desde hace tiempo en las encuestas de opinión, se expresó en las urnas de manera incontestable. La gente se pronunció contra el partido tradicionalmente de derecha y también contra el de izquierda. Y apostó a favor de otro, que no se puede identificar con la derecha ni con la izquierda, sino con otra manera de gobernar.

El malestar fue hábilmente aprovechado por Bukele, cuyo mensaje pidió echar del poder a “los mismos de siempre” y en exigirles “devolver lo robado”, una frase que, irónicamente, salió del FMLN, pero que este no se la apropió. El mensaje no hubiera hecho impacto, aun con el uso intensivo de las redes sociales, si el descontento no fuera real y muy sentido. Las airadas leyendas en algunas de las papeletas de votación expresan la cólera que embarga a mucha gente. El malestar se hizo sentir desde que el FMLN ganó la primera presidencia, pero ni sus dirigentes ni los de ARENA se dieron por aludidos. Tampoco se percataron de que la realidad nacional había cambiado, anclados como estaban en su pasado de posguerra. No tenían nada que ofrecer, excepto sus antiguos recelos y pependencias.

En cambio, Bukele y Nuevas Ideas se identifican como lo contrario de esa manera de hacer política y de gobernar, lo cual, curiosamente, no ha dejado de escocer a algunas de las personalidades políticas más prestigiosas del pasado. Desconcierta que Bukele haya convertido su nombre en una marca, aunque colocada sólidamente en el mercado político. Desagrada que su nombre tenga mayor poder de convocatoria que los partidos políticos, incluido el suyo. Paradójicamente, los candidatos de ARENA y del FMLN se afanaron también por colocar sus respectivos nombres en el mercado de las preferencias electorales, en gran medida, para contrarrestar el lastre de sus respectivos partidos, desprestigiados por la corrupción, la falta de obras y la impunidad, pero no lo lograron.

GANÁ, en cambio, un partido caracterizado por prácticas corruptas, cuyo origen está vinculado a la corrupción de ARENA, no hizo mella en la popularidad de Bukele. GANA no fue más que el vehículo utilizado por este para sortear la barrera institucional levantada contra su candidatura. De todas maneras, hacer del nombre una marca política acarrea el riesgo de caer en el egocentrismo, el cual no suele acabar bien. Ese peligro ya asomó, en el primer acto del recién electo presidente: se hizo un selfi con su teléfono, mientras sus seguidores aplaudían su triunfo en el fondo.

2. Dilemas políticos

La irrupción de Nayib Bukele y Nuevas Ideas en la política nacional ha alterado el orden establecido por ARENA y el FMLN. El futuro inmediato mostrará el calado de esas transformaciones. El fenómeno no es exclusivo de El Salvador; se puede observar en otras partes. Los gobernantes actuales de Guatemala, Brasil, Francia, Italia e incluso Estados Unidos provienen de la periferia política local. Surgieron como reacción al descontento con la práctica política tradicional, que no satisfizo las aspiraciones de sectores significativos de la población. El actual presidente de Brasil se presentó como el candidato de la antipolítica, el de Francia anunció la superación de la división de izquierda y derecha, y el de Estados Unidos volvió a visitar el conocido principio que declara “América primero”. La apuesta por lo novedoso puede comenzar a hacer lo que los otros no han hecho o puede complicar aún más una realidad que ya es, en sí misma, funesta.

El relevo en la presidencia del poder ejecutivo coloca a ARENA y al FMLN ante el dilema de hacer una oposición cerrada a Bukele y su gobierno o apoyar aquello que razonablemente sea de beneficio para el país, en concreto, para sus mayorías. El primer extremo es tentador. Tradicionalmente, esa ha sido desde siempre la reacción de ARENA y del FMLN ante el triunfo del adversario. Algunas voces, amargadas por la derrota, han apuntado en esa dirección. La vieja guardia de ARENA se inclina hacia este extremo, pero algunos jóvenes audaces apuntan en la dirección contraria. Si ARENA asume la línea de su dirigencia actual y si el FMLN sigue su ejemplo, se hundirán aún más en la apreciación de la opinión pública y, en dos años, probablemente también en las urnas.

Una oposición racional y justa desde la legislatura, donde los dos partidos hacen mayoría, mientras que Bukele no cuenta con ningún diputado, haría que hacer fracasar al adversario a cualquier precio no fuera la prioridad, sino buscar incansablemente el bienestar de la generalidad, sobre todo, de los sectores más vulnerables, pobres y sin oportunidades. Esta actitud constructiva requiere no solo reemplazar las cúpulas actuales de ARENA y del FMLN, sino también transformar radicalmente el enfoque de la práctica política. A pesar de su racionalidad, esta disposición no está al alcance de la mano, porque la identidad de los dos partidos descansa en la guerra civil y la posguerra, en la lucha militar sin cuartel contra el comunismo, por un lado, y contra la oligarquía, por el otro; todas ellas realidades pertenecientes a un pasado que se aleja rápidamente. La conversión exigida por las novedades de la realidad actual demanda apertura, creatividad, flexibilidad y compromiso con la gente y la institucionalidad, virtudes extrañas para ARENA y el FMLN.

La derrota de ARENA no se debió a un fallo de la campaña electoral, planificada desde el territorio, sino al vacío creado por unos gobiernos que no han sabido satisfacer las necesidades más sentidas de la sociedad. La derrota está relacionada directamente con la falta de obras buenas para la gente. Los diputados de ARENA mantienen un retraso legislativo escandaloso, pese a la

nube de asesores que los rodea. Son contados los alcaldes que se destacan por el compromiso con la comunidad que rigen. La mayoría contempla impasible cómo se deteriora su infraestructura y la vida de las periferias se endurece por el desempleo y la violencia. ARENA no tiene obra buena que mostrar. La ignorancia, la incompetencia y la desidia, cuando no la corrupción y la impunidad, han perdido a sus funcionarios. Es precisamente por eso que su propia fórmula presidencial intentó desligarse del partido.

La derrota del FMLN no se debe solo a no haber tomado distancia de su primer presidente, acusado de corrupción, junto con su familia cercana, sino a que su dirigencia lo incitó a huir de la justicia. No fue un simple error de juicio, porque en ella figuran también personajes vinculados a la corrupción. Más allá de algunos programas económicos de carácter paliativo, muy apreciados por cierto por los beneficiarios, no se atrevió a emprender la reforma fiscal y temió reforzar la institucionalidad. Prefirió la maniobra, el tráfico de influencias y la conspiración de la política tradicional que el imperio de la legalidad. El FMLN ha sido complaciente con los corruptos y tan opaco como ARENA. La justicia “revolucionaria” la olvidó en 1992, cuando rechazó inhabilitar a los señalados por la Comisión de la Verdad de violaciones graves de los derechos humanos para ocupar cargos públicos. No contento con ello, sus gobiernos han protegido activamente a los militares acusados de crímenes de lesa humanidad, con lo cual protegían también a algunos de sus dirigentes más connotados. Su asombrosa defensa de las dictaduras de Venezuela y Nicaragua muestra el poco aprecio que profesa a los derechos humanos y su apego a ideologías sin contenido. Al igual que en ARENA, sus candidatos presidenciales se esforzaron por desvincularse del partido.

El nuevo poder ejecutivo afronta también su propio dilema. Su eficacia depende de la rapidez con la que realice algunas obras, al menos las más llamativas e importantes, como el combate a la corrupción. Pero la tarea es ardua, no solo por la escasez de recursos financieros y de personal calificado, sino también porque sus decisiones serán contestadas por los intereses creados, enquistados en la institucionalidad, por un sector hostil de la opinión pública y por la empresa privada organizada si sus privilegios son cuestionados. Tampoco puede perder de vista que lo amenazan los mismos vicios cuya condena le dio el triunfo en las urnas: la pasividad, la ineficiencia y la corrupción. La opinión pública y los adversarios políticos serán implacables con sus vacilaciones y errores. Ya antes de tomar posesión del cargo, le han exigido lo que no le hubieran exigido a ninguno de los otros candidatos si hubieran ganado.

La legislatura es una pieza clave para el éxito del gobierno de Bukele. Las promesas electorales más importantes pasan por ella y, como en ella no existe representación de Nuevas Ideas, su aprobación depende del grupo minoritario de GANA y de sus adversarios políticos, los mismos a quienes criticó duramente en la campaña. De ahí que la tentación para hacer naufragar al poder ejecutivo sea muy fuerte. Sin embargo, esa apuesta puede tener consecuencias devastadoras para los apostadores. La legislatura no solo pondrá a prueba la capacidad para gobernar de Bukele, sino también la de los mismos diputados y sus respectivos partidos. Estos tienen la fuerza de los números, pero aquel

tiene a su favor la capacidad para comunicarse con la población, mientras las luchas internas de poder debilitan a sus dos adversarios principales. En la medida en que los diputados rechacen injustificadamente propuestas orientadas a elevar el nivel de vida de la gente, quedarán expuestos al juicio popular. La información clara y directa sobre temas sensibles es un medio eficaz para movilizar la opinión pública, al mismo tiempo que ejerce presión sobre las fuerzas legislativas para que adopten posiciones constructivas. De lo contrario, arriesgarían otra derrota de grandes proporciones dentro de dos años.

De todas maneras, la empresa es trabajosa, porque existen demasiados y muy poderosos intereses implicados. Un poder ejecutivo que intente conducirse eficaz, recta y honestamente chocará de manera inexorable con una serie de intereses y privilegios indebidos. El capital político acumulado en las urnas permite que Bukele emprenda una lucha sin cuartel contra la corrupción. El poder ejecutivo debe ser intolerante con ella. De lo contrario, perderá rápidamente el capital atesorado en las urnas. Esa lucha pasa por reducir a niveles mínimos la evasión y la elusión fiscal, las licitaciones y los contratos fraudulentos y el tráfico de influencias, aun cuando el capital organizado proteste por lo que da en calificar como acoso fiscal y aun cuando algunas fuerzas sociales reclamen como derecho adquirido lo que es simple privilegio y agravio comparativo. Positivamente, es indispensable negociar una reforma fiscal progresiva, sin la cual ningún presidente puede contribuir a reducir la pobreza y la desigualdad.

3. El divorcio de la política y el poder

Las consecuencias de la derrota se han hecho sentir más en ARENA que en el FMLN. El desconcierto, el descontento y la incertidumbre han fracturado la hasta ahora férrea disciplina del partido. En sus filas se han alzado voces que piden su independencia de los grandes capitalistas, que lo han financiado y sostenido desde su fundación y que toman las decisiones importantes, y de los intereses del gran capital para desprenderse de la etiqueta que lo identifica como el partido de los ricos. Estas solicitudes, sobre cuyo destino el futuro decidirá, encierran mucha verdad.

Las urnas muestran que el elector no piensa solo que los políticos son corruptos o mentecatos, sino también incapaces. Cuando la incapacidad no se debe a ignorancia o dejadez, se explica por la falta de poder. Voces contestatarias de ARENA han denunciado que no pueden legislar sobre el medio ambiente para no incomodar a las grandes empresas. El transporte público es errático y uno de los principales responsables del caos que impera en las calles porque, hasta ahora, ningún partido político se ha atrevido a querellarse con la mafia que lo controla. Los diputados de ARENA se opusieron a la cesión de un terreno público a los habitantes desalojados de un asentamiento de muchas décadas para no disminuir la plusvalía inmobiliaria de uno de sus patrocinadores. La lista de temas prohibidos, no solo para ARENA, sino también para el FMLN, puede alargarse de tal manera que el ámbito legible o sujeto a la acción transformadora del Estado es muy reducido.

Los gobiernos tienen cada vez menos poder para beneficiar a la generalidad, porque se encuentran prisioneros de los poderosos intereses de grupos minoritarios. Contradictoriamente, esos intereses son presentados y aceptados de manera acrítica como intereses nacionales, lo cual, hasta ahora, ha intimidado a los gobiernos. Por tanto, el presidente del poder ejecutivo no tiene tanto poder como los candidatos y sus partidos han asegurado durante la campaña electoral. Proyectar la imagen de un presidente de la República todopoderoso es delirio. Las candidaturas para la legislatura proyectan también un cuadro que sobrepasa con mucho sus competencias y capacidades reales. La ambición desmedida empuja a los políticos, los partidos y los candidatos a proyectar un poder que jamás detentarán. Por eso, sus promesas electorales son frecuentemente simple fantasía. La realidad se encarga, en un segundo momento, de readecuar esas ambiciones a su justa dimensión, a costa del desencanto de quienes se dejaron llevar por sus quimeras. En cualquier caso, aun cuando los políticos tengan buenas intenciones, no tienen poder ni libertad para concretarlas. La política y el poder están divorciados. Las promesas electorales y los planes de gobierno solo pueden ser satisfechos si se tiene poder y se está en disposición de utilizarlo, aun en menoscabo de los intereses y privilegios creados.

El electorado rechazó en las urnas a los dos partidos que han dirigido el país en las últimas tres décadas, por su comprobada impotencia y también por su connivencia con la corrupción. Los ha reprobado por incapaces, por no tener buena obra en su haber. En palabras tradicionales, por no cumplir sus promesas. Por consiguiente, la renovación y la reorganización que ahora buscan pasan inexorablemente por la capacidad para ejecutar obras que favorezcan directamente a la mayoría de la población. La retórica tradicional ya no es suficiente. La gente quiere hechos, no palabras. El gobierno de Bukele enfrenta el mismo desafío. Su triunfo puede interpretarse como un ensayo para probar algo distinto, con la expectativa de que tal vez, en esta ocasión, la realidad comience a moverse en la dirección correcta, la del pueblo.

La crisis de ARENA y del FMLN no se superará con cambiar las cúpulas. El desafío estriba más bien en acumular poder y en ejercerlo para librar a las mayorías de la pobreza, el hambre, la enfermedad y la violencia social. Dicho de otra manera, todos los partidos, y estos dos en particular, deben preguntarse al servicio de quién han estado hasta ahora y al servicio de quién quieren estar. ARENA ha servido bien a la minoría enriquecida con la economía liberal y la corrupción. Sorprende la rapidez y el celo con los que sale en defensa de sus intereses y la indiferencia con la que observa cómo miles de salvadoreños se hunden en la miseria, la enfermedad y la violencia, y cómo se deteriora el medio ambiente. Empeñarse en salvar el partido de la irrelevancia por el prurito de salvarlo conduce a un callejón sin salida. El país necesita una derecha inteligente, informada y audaz.

El FMLN dio continuidad a esa política, mientras sus dirigentes más destacados se enriquecían a la sombra de la impunidad. En contra de su discurso, el partido no ha entendido aún qué significa ser de izquierda en El Salvador de comienzos del siglo XXI. Por consiguiente, tendrá que pensarse de otra

manera. El partido en su conjunto, no solo la cúpula, debe repensar en qué consiste la representación popular que se ha arrogado desde la época de la guerra civil. La dirigencia parece estar convencida de representar al pueblo, pero este no se encuentra representado en ella. Su identidad revolucionaria, democrática y socialista carece de contenido. Sus gobiernos no han sido ni revolucionarios ni socialistas, pese a que pudieron serlo, si hubieran fortalecido la institucionalidad, luchado por la reforma fiscal, defendido a las víctimas de las violaciones de los derechos humanos durante la guerra y la posguerra. Y con la democracia han experimentado serias dificultades, acostumbrados como están al gobierno verticalista y autoritario. Obsesionado con la incondicionalidad de sus seguidores a la dirigencia, el FMLN perdió el rumbo. Lealtad a la dirigencia no implica capacidad para gobernar.

Es indispensable unir política y poder. La reorganización de ARENA y del FMLN debiera comprender la promoción, desde la legislatura y las alcaldías, de lo más rescatable de sus recientes promesas electorales. También es muy oportuno que se ejercite en la construcción de grandes acuerdos con las otras fuerzas políticas para mejorar la suerte de la mayoría de los salvadoreños. La sobrevivencia de ARENA depende de la reelaboración de su agenda y su práctica política, desde la perspectiva del bien común. Las municipalidades que gobierna le ofrecen una oportunidad para constatar cuán lejos está dispuesto a llegar y puede hacerlo. El FMLN también tendrá que pensarse de manera diferente. En el contexto actual, la izquierda es muy necesaria para defender los intereses de las mayorías populares y, en esa medida, tiene futuro.

Las elecciones del 3 de febrero han comenzado a transformar la política nacional. ARENA y el FMLN pueden convertirse en fuerzas con las que hay que contar, si se convierten al pueblo y sus necesidades. Ellos son los principales responsables del inesperado poder de convocatoria de Nayib Bukele y Nuevas Ideas, porque no prestaron atención a las necesidades y las expectativas de la gente. Apartaron la mirada de sus sufrimientos y se desentendieron de sus aspiraciones. Ellos hicieron un ídolo de la lucha por el poder y, como todo ídolo, este, al final, ha devorado a sus adoradores.

El gobierno de Bukele debe tomar cuidadosa nota de dónde han caído sus dos adversarios principales y actuar rápida y eficazmente para introducir al menos algunas de las novedades anunciadas y más deseadas, aun cuando la situación sea muy compleja. La ejecución de aquellas políticas que afecten negativamente intereses creados y privilegios del capital y de otras fuerzas encontrará fuerte resistencia; por tanto, debe prepararse para librar una intensa lucha de poder. El servicio al pueblo, una muletilla muy generalizada, llega hasta ahí donde comienza a impactar dichos intereses y privilegios. Por eso, las promesas se diluyen hasta desaparecer. La demagogia intenta llenar la ausencia de obras beneficiosas para la generalidad hasta que la gente se cansa y apuesta por una alternativa. La ciudadanía, tanto la que votó como la que no, tiene claro que no quiere a ARENA en el poder ejecutivo y que el FMLN ya no es la alternativa. Por tanto, sin obras buenas, el azul de la golondrina se desvanecerá, así como se han desvanecido los otros colores políticos.

San Salvador, febrero de 2019.